

más que una voz, la del gobierno, la de sus agentes. La situación de la prensa era en este punto de las más humillantes y todavía más deplorable que la de las Asambleas públicas. Una simple estadística lo dirá mejor que la más elocuente disertación. De los doce diarios á los cuales había dejado reducida la prensa de París, el decreto consular del año VIII, gracias á las nuevas supresiones ordenadas por Bonaparte, ya no quedaban más que ocho, contando esos ocho diarios un total de 18.630 suscritores. Esa cifra significativa da sobrado testimonio de la indiferencia del público; pero si no leía esas hojas mal pergeñadas, no era por un olvido mal entendido de sus propias intereses, sino por una convicción sobrado justificada de no encontrar en ellas ni la sombra de una opinión independiente. Esos diarios severamente mantenidos bajo la inspección de una policía desconfiada y brutal, siempre temblando por su existencia que una sola palabra podía comprometer, no tenía otro cuidado que adivinar la intención del amo limitándose á comentar tímidamente las noticias que se les permitía publicar. En cuanto á los libros, los libreros no podían ponerlos en venta sino á los siete días después de haber remitido un ejemplar á la policía, á fin de que se pudieran detener tan pronto se tuviera noticia de una obra mala tal como el poema de *La Pitié*, ó el libro del ciudadano de Sales. El pobre Sales había escrito un libro insignificante sobre la revolución, y Bonaparte escribió carta tras carta para que lo echasen del Instituto porque deshonraba ese cuerpo. ¡Hé aquí á que estado de degradación había caído esa prensa de París en otro tiempo tan brillante y estimada en el mundo entero! ¡Esta prensa, que, algunos años antes, contaba entre sus filas un Mirabeau y un Camilo Desmoulins! Y el que había tanto contribuído á reducirla á este estado de abatimiento, lejos de estar desarmado por la impotencia en que estaba de per-

judicarlo, parecía todavía no saciado con el espectáculo de su envilecimiento: la mano de la policía le parecía aún sobrado ligera y dulce; le reprochaba su lentitud y sus atenciones; así llegó una vez á escribir hasta tres cartas un día al gran juez Regnier para estimular su celo. En la una le invitaba á que respondiera á los propietarios del *Journal des débats* y del *Publiciste*, por haber publicado nuevos recortes de periódicos alemanes relativos á pretendidos armamentos en los puertos de Rusia. En la otra, se le ordenaba que mandase al propietario del *Ciudadano francés* que cambiase uno de sus redactores. En la tercera le prescribía que prohibiera á los diarios la reproducción «de las noticias públicas tomadas de las gacetas extranjeras.» Por lo demás, añadía, siempre les queda libre á los periodistas la reproducción de las noticias que pueda publicar el diario oficial. Es decir, que tenían derecho de copiar al *Moniteur*; ¡esta era la única libertad que se les había dejado!

Así no sólo le estaba prohibida á la nación francesa toda discusión política, sino que las noticias, los mismos hechos, esta parte material, inmutable, indestructible de la verdad, que es independiente de nuestras interpretaciones y que, tan pronto ha sido, permanece eternamente, sólo debía conocerlos en la medida de las conveniencias del gobierno. Por ese medio todos los hechos que habían podido servir para juzgar su política é ilustrar los espíritus estaban de derecho suprimidos. Un suceso no existía sino cuando el *Moniteur* lo había comprobado y legalizado. Nelson pudo destruir nuestra marina en Trafalgar, ese hecho insolente no fué reconocido. Y ¡ay! ¡del que se hubiese atrevido á hacer alusión á esa desgracia! Sólo principió á existir á la caída del imperio. Esto ya no era el despotismo del antiguo régimen. Para encontrar algo parecido es necesario retroceder hasta la barbarie asiática.



## CAPITULO XI

### FIN DEL CONSULADO

Política reservada de Bonaparte. —Enfriarse sus relaciones con Moreau y Bernadotte. —Rompe con Fouché. —El miedo de los emigrados. —Cómo se reconcilió Bonaparte con Fouché. —Cómo se creyó una garantía dada por Bonaparte de su sinceridad revolucionaria el asesinato del duque de Enghien. —Cómo Bonaparte aprovechaba las conspiraciones contra su vida para su engrandecimiento. —Bonaparte y Cambaceres tratan del establecimiento del imperio. —Repugnancia de Cambaceres. —Teme un conflicto diplomático. —Comunica Cambaceres á Lebrun sus temores. —Profecía de Cambaceres. —Cómo procuró Bonaparte hacerse suyo al Senado. —Senadurías vitalicias: sus dotaciones. —Cómo se planteó la cuestión en el Senado. —El poder hereditario. —Oposición á este proyecto. —Encuéntrala Bonaparte en el seno de su misma familia. —Bonaparte reserva contestar al Senado. —Su irritación al ver que con el poder hereditario no se le ofrece el imperio: 27 de Marzo de 1804. —La cuestión diplomática. —Por qué Bonaparte fué admitido emperador. —Alianza entre Prusia y Rusia. —Cuando se firmó. —Austria pide para su emperador igual título. —La cuestión en el Consejo de Estado. —Oposición de los antiguos convencionales. —La cuestión en el seno de la familia de Bonaparte. —Declara Bonaparte heredero suyo al hijo de Luís y de Hortensia. —Protesta de Luís. —Su fundamento. —Protesta de José. —Procura conciliarles. —Quedan excluidas de la sucesión las familias de Luciano y Gerónimo. —Resuélvese por fin el establecimiento del imperio: 23 de Abril de 1804. —Preséntase la cuestión en el Tribunal. —Contesta el primer Cónsul al Senado: su discurso. —Cure y Carnot en el Tribunal. —Vota éste el imperio: 3 de Mayo. —Neufchateau proclama el imperio en el Senado. —Cómo quería el Senado salvar la libertad. —Indignación de Bonaparte. —Sométese el Senado. —Anodinas reformas políticas. —Establécese la monarquía. —Los decretos. —La lista civil. —Los grandes cargos palatinos. —El mariscalato. —Gregoire, Garat y Lanjuinais en el Senado: 18 de Mayo. —El Senado se presenta en Saint-Cloud. —Discurso de Cambaceres. —Indiferencia de París. —Situación de Francia: E. Martin.

**I**NCOMPRESIBLE durante mucho tiempo la política personal de Bonaparte, no fueron pocos los que creyeron posible la traición del primer Cónsul, es decir, su venta á los borbones, y todo por los grandes agasajos de que eran objeto los nobles emigrados que regresaban á París aceptando su generosa pero no desinteresada protección. Esto produjo grandes rozamientos y disgustos, y no hay duda que esta fué la causa de que se enfriaran las relaciones entre Moreau y Bonaparte. Otra ruptura no menos importante fué la de Bonaparte con Fouché. Esté vió siempre con malos ojos el regreso de los emigrados y la restau-

ración de la antigua nobleza. En este punto Fouché continuó siendo siempre jacobino; recuérdese lo que le dijo á la de Recamier en 1806. Bonaparte envió á su hombre de gobierno al Senado, y como Fouché no se mostrara resentido por su desgracia, Bonaparte se confió á él en el asunto de las conspiraciones, y ya hemos visto como el ex-abate jacobino se condujo en este punto.

Fouché, que indudablemente pecó en este particular por exceso de celo, pecó también como tantos hombres republicanos que hicieron suya la causa de Bonaparte por miedo. Lo que más asustaba á los hombres de la revolución era el regreso de los bor-